

PR4622

p. 6

56

POLICIA FINA

EL CASADO SIN MUJER

Hace ya mucho tiempo que el mundo aristocrático olvidó la historia de la boda de lord Saint-Simón y de su curioso anulamiento. Otros hechos más escandalosos y de más sugestivos detalles la eclipsaron y torcieron la atención pública de este drama que ocurrió hace más de cuatro años. Sin embargo, como quiera que muchos de sus incidentes fueron completamente desconocidos y que mi amigo Sherlock Holmes tuvo no poca parte en la solución del problema, yo no me perdonaría nunca la omisión de tan interesantísimo asunto en estas memorias.

Algunas semanas antes de mi boda, cuando aún vivíamos Holmes y yo en Baker-Street, mi amigo se encontró, al volver una tarde de paseo, una carta sobre la mesa del despacho. Durante todo el día había llovido abundantemente y el viento arrojó furioso la lluvia contra los cristales. Yo, que me resentía del balazo que recibí en el Afghanistan, me tumbé en una butaca, y con las piernas extendidas dejé correr las horas, leyendo todos los periódicos que pude reunir.

Cuando los hube leído todos, dejé vagar la vista un rato y díme á pensar de quién podría ser aquella carta lacrada con blasonado sello.

—Ahí tenéis una carta muy elegante—le dije á Holmes cuando entró—bien distinta de la que recibisteis esta mañana y que debía ser de un pescadero.

—Sí, verdaderamente—contestó sonriendo—mi correspondencia tiene el encanto de la variedad. Sin embargo, prefiero las humildes, porque suelen ser las más interesantes; ya veréis cómo ésta no tiene nada de particular...

Y rasgando el sobre la leyó rápidamente.

—¡Calla! ¡Calla! Esto parece interesante.

—¿Entonces no es del gran mundo?

—Al contrario.

—¿Es de algún aristócrata?

—De uno de los primeros de Inglaterra.

—Os felicito.

—Os aseguro, Watson, sinceramente, que la posición de los clientes no influye lo más mínimo en mi entusiasmo ó en mi decaimiento. Yo no me preocupó más que del interés que tenga el asunto, y creo que éste es de los que más tienen. Vos leéis todos los días los periódicos, ¿no es eso?

—Demasiado—contesté señalando melancólicamente el montón de diarios que se alzaban en un rincón de la mesa.—No tengo otra cosa que hacer.

—Es una gran ventaja, porque eso me facilitará mucho el trabajo. Yo no leo nunca más que la sección de tribunales y la de sucesos, que son las únicas

que me parecen instructivas. Pero vos, sin duda, os habéis enterado de la boda de lord Saint-Simón y de su extraño desenlace.

—Sí, y he leído todo lo referente á ello con el mayor interés.

—Muy bien. Esta carta es de lord Saint-Simón. Voy á leérosela, y vos, en cambio, me váis á buscar todas las noticias que se relacionen con este asunto. Oid:

«Distinguido señor:

Aconsejado por lord Backwater, que me ha hecho grandes elogios de vuestro talento y discreción, he pensado consultaros acerca del penoso é inesperado desenlace de mi matrimonio. M. Lestrade, de Scotland Yard, que ya se ha encargado de la investigación del misterio, me ha dicho que, no sólo no le molestará vuestra cooperación, sino que la considera muy útil. Iré hoy á las cuatro de la tarde, y si acaso tuviérais algún compromiso á esa hora, os ruego lo dejéis para otra, pues lo que pienso deciros es de la mayor importancia.

Soy vuestro s. s. q. b. s. m.,

ROBERTO SAINT-SIMÓN.»

—Está fechada—continuó Holmes doblando la carta—en Grosvenor Mansions, escrita con una pluma de ave, y el noble lord se ha manchado de tinta el dedo meñique de la mano derecha. Como dice que

vendrá á las cuatro y no son más que las tres, aún tenemos una hora para que me pongáis al corriente de todo. Repasad esos periódicos y ponedlos por orden para que yo me vaya enterando de lo que le ha sucedido á mi futuro cliente.

Y dirigiéndose hacia la chimenea cogió un anuario de los cuatro ó cinco que había encima del mármol.

—Aquí está—dijo sentándose y colocando el libro abierto sobre las rodillas.—«Roberto Walsingham de Vere Saint-Simón, hijo segundo del duque de Balmoral... ¡Hum! Armas: tres cruces de Malta, enlazadas en campo de azur. Nació en 1846.» Tiene cuarenta años, es decir, una bonita edad para casarse. Ha sido subsecretario en el anterior Ministerio. Su padre, el duque, fué ministro de Estado y descendiendo en línea recta de los Plantagenets, y de los Tudor, por la de las hembras. ¡Bah!—continuó cerrando el Anuario.—Veo que estos datos no sirven de nada; á ver si los vuestros son más útiles, querido Watson.

—Tal vez—contesté—porque son tan recientes los hechos y me chocaron tanto, que los recuerdo muy bien. Si no os he hablado de ello, es porque entonces estábais muy atareado con lo del Astillero y ya sé que no os gusta que os interrumpan ni os distraigan.

—¡Ah, sí! Es verdad. Pero aquello no tenía importancia; estaba muy claro desde el primer momento. Vamos, dadme el resumen de los artículos.

—He aquí la primera noticia. Se publicó hace

algunas en el *Morning Post*, en la sección de «Personal»: Se habla de la próxima boda de lord Roberto Saint Simon, hijo segundo del duque de Balmoral, con Miss Hatty Doran, hija única de Aloynus Doran, de San Francisco de California (Estados Unidos.) Nada más.

—Es claro y conciso—observó Holmes, acercándose á la chimenea para calentarse las piernas.

—Sin embargo, yo recuerdo haber leído otra noticia mucho más detallada... ¡Ah! Aquí está: «Va á ser preciso que el gobierno se cuide de aplicar el proteccionismo á nuestro mercado matrimonial, porque los actuales principios de librecambio no pueden ser más peligrosos para nuestros productos nacionales. Una después de otra, nuestras más ilustres casas de la Gran Bretaña se unen con las jóvenes y florecientes del otro lado del Atlántico.

»La serie de esta clase de conquistas se ha aumentado la semana última con una valiosa adquisición. Lord Saint Simon, que durante veinte años se mostró refractario al matrimonio, acaba de anunciar su próximo enlace con Miss Hatty Doran, la seductora hija de un millonario californiano. Miss Doran, cuya esbeltez y elegancia pudimos admirar en las recientes fiestas de Wertburg House, es hija única, y su dote constará de una suma de más de seis cifras, con esperanzas de aumento en el porvenir.

»Todo el mundo sabe que el duque de Balmoral tuvo que vender su notable colección de cuadros

»hace años, y como quiera que lord Saint Simon no
 »tiene más fortuna que las tierras poco importantes
 »de Bischmoor, es indudable que la herencia cali-
 »forniana no es la única que ganará en esta alianza,
 »la cual—cosa corriente en nuestros días—transfor-
 »mará á una republicana en una gran señora in-
 »glesa.»

—¿No hay más?—bostezó Holmes.

—Sí; tened paciencia. También en el *Morning Post* se publicó un artículo diciendo que la boda se celebraría en la intimidad, en la capilla de San Jorge, que sólo asistirían una media docena de amigos, y que después de la ceremonia los novios se irían á la casa de Lancaster Gate, alquilada con muebles y todo por el padre de la novia. Dos días después—es decir, el miércoles último—se publicó otro artículo diciendo que el viaje de bodas terminaría en la casa de lord Backwater, en las cercanías de San Petersburgo. Después ya no se habló más de ello hasta que se publicó la noticia de la desaparición de la novia.

—¿De la que?—preguntó Holmes, saltando del asiento.

—De la desaparición de la novia.

—¿Cuándo desapareció?

—Durante el almuerzo, después de la ceremonia.

—¡Hombre! ¡Hombre! Esto es más interesante de lo que creí al principio. Resulta casi dramático...

—Sí, se sale de los límites ordinarios y vulgares.

—Yo conozco desapariciones antes de la boda y aun durante la luna de miel; pero no recuerdo un

caso semejante á éste. Seguid, seguid diciéndome todo lo que sepáis.

—Os advierto que ahora ya son muy incompletas y confusas las noticias.

—No importa.

—Bueno; pues oíd lo que dice este artículo publicado en un periódico de esta mañana. Se titula *Extraño suceso de una boda*:

«La familia del duque de Balmoral es presa en estos momentos de la consternación más espantosa por los extraños y sensibles hechos acaecidos en la boda de lord Saint Simon. La ceremonia tuvo lugar ayer, según habían anunciado todos los periódicos; pero hasta hoy no nos ha sido posible comprobar y cerciorarnos de los extraños rumores que han corrido respecto de dicho matrimonio. A pesar de los esfuerzos de la familia por quitarle resonancia, la aventura se ha hecho pública, y por lo tanto, no hay ninguna razón para que guardemos silencio sobre lo que cautiva todas las conversaciones y rueda de boca en boca.

»La ceremonia tuvo lugar en San Jorge, Hanover Square. Los únicos asistentes fueron: M. Aloynus Doran, padre de la novia; la duquesa de Balmoral, lord Backwater, lord Eustace y lady Clara Saint Simon—hermanos del novio— y lady Alicia Whittington. Después del acto, toda la comitiva se dirigió á casa del Sr. Doran, en Lancaster Gate, donde esperaba un espléndido almuerzo. Según parece, una mujer desconocida pretendió entrar vio-

»lentamente en la casa, alegando cierta clase de derechos sobre lord Saint Simon. Hubo un momento de confusión, y sólo á costa de grandes esfuerzos lograron echarla á la calle el mayordomo y los lacayos.

»Afortunadamente la recién casada no se enteró de este incidente, y fué de las primeras en sentarse á la mesa. De pronto se sintió indispuesta y se retiró á sus habitaciones; pero en vista de que su ausencia se prolongaba demasiado, su padre fué á buscarla, y la doncella le dijo que Miss Hatty entró por un sombrero y un abrigo y que salió inmediatamente.

»Uno de los lacayos declaró que había visto salir á una señora, pero que como llevaba una larga capa y un velo espeso, no sabía quién era.

»Inmediatamente, M. Aloynus Doran, en unión de su yerno, hizo la correspondiente denuncia al juez.

»Esperamos, pues, que dentro de poco habrá desaparecido el misterio que envuelve este asunto. Aunque ayer, á la hora de cerrar nuestra edición, no había ningún indicio, todo parece indicar que la desgraciada lady Saint Simon ha debido ser víctima de un crimen. La policía ha tenido el buen acuerdo de detener á la mujer que intentaba entrar en la casa de M. Aloynus Doran, pues indudablemente ha debido jugar papel importantísimo en el suceso.»

—¿Es eso todo?

—Aquí, en otro periódico, hay una noticia que completa los datos anteriores.

—¿Qué dice?

—Que la mujer detenida se llama Miss Flora Willar, que ha sido bailarina, y que conocía á lord Saint Simon hace mucho tiempo. Ahora ya sabéis tanto como yo.

—*La verdad es que todo esto me resulta interesantísimo. Bien sabe Dios que no cambiaría por un imperio una ocasión como esta. Pero creo que han llamado, Watson, y como van á dar las cuatro, es fácil que sea nuestro aristócrata. No os vayáis; prefiero tener un testigo, aunque no sea más que para ayudar mi memoria.*

—¡Lord Roberto Saint Simon!—anunció el groom.

Y, apartándose, dejó pasar á un caballero de rostro agradable é inteligente.

Tenía la nariz larga, la boca voluntariosa, los ojos severos, altivos, de persona acostumbrada á mandar y á ser obedecida, y por todos sus rasgos se extendía una ligera palidez. Aunque ágil y suelto de ademanes, aparentaba más edad de la que tenía, por la espalda levemente encorvada y las piernas un poco temblonas. El cabello, algo escaso en el centro de la cabeza, griseaba sobre las sienas. El noble lord vestía irreprochablemente; llevaba un cuello muy alto, levita negra con chaleco blanco; unos botones claros ocultaban á medias las charoladas botas, y en la mano izquierda, calzada con guante amarillo, soste-

mía la chistera de alas recogidas. Avanzó lentamente mirando en torno suyo, y acariciando con la mano derecha el cordón de los lentes de oro.

—Buenas tardes, señor—dijo Holmes saliendo á su encuentro.—Servíos tomar asiento y permitidme presentaros á mi compañero el doctor Watson. Ahora, tened la bondad de ponerme al corriente de vuestro asunto.

—Y que es de los más dolorosos, al menos para mí, Sr. Holmes. Ya sé que habéis resuelto cuestiones tan delicadas y difíciles como la mía, aunque me parece que no intervendrían tan altas personalidades como en esta ocasión.

—Sin embargo, caballero, ahora, ocupándome de vos, desciendo un escalón.

—¿Cómo?

—Mi último cliente ha sido un soberano.

—¡Ah!... Es curioso. ¿Y qué rey?...

—El rey de Escandinavia.

—¿Y qué? ¿Buscaba también á su esposa?

—Ya comprenderéis, señor—dijo Holmes dulcemente—que yo guardo, respeto de mis otros clientes, igual reserva que emplearé respecto de vos.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Muy bien! Perdonadme. Y ahora, si os parece, hablaremos de mi desgracia.

—Estoy al corriente de todo lo que han dicho los periódicos; nada más. ¿Tenéis la bondad de decirme si el relato de este periódico se ajusta á la verdad?

Lord Saint Simon lo leyó rápidamente.

—Es rigurosamente exacto.

—Bueno, pero eso no basta. Creo que lo más sencillo será interrogaros detalladamente.

—Estoy á vuestra disposición.

—¿Cuándo y dónde conocisteis á Miss Hatty Doran?

—En San Francisco, hace un año.

—¿Viajábais por los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Os pusisteis en relaciones en seguida?

—No.

—Entonces ¿fuisteis amigos únicamente?

—Yo la encontraba amable y simpática, y me parece que ella comprendió en seguida esta opinión mía.

—¿Es muy rico su padre?

—Dicen que es el más rico de California.

—¿Cómo hizo su fortuna?

—En las minas. Hace algunos años no tenía un céntimo, pero descubrió un filón y supo ingeniárselas de tal modo, que enriqueció rápidamente.

—¿Qué opinión tenéis formada de la señorita... de vuestra esposa?

El gentilhombre se sujetó nerviosamente los lentes, luego, clavando la mirada en el fuego de la chimenea, contestó:

—Mi mujer tenía veinte años cuando su padre llegó á ser millonario. Está acostumbrada á vivir entre mineros, la Naturaleza fué su maestra y ella le hizo fuerte é indómita, libre de prejuicios y tradiciones. Acostumbrada á satisfacer sus deseos por estrambó-

ticos que sean, tiene la impetuosidad de los temperamentos enérgicos que obran sin pensar en las consecuencias. Sin embargo, yo no la hubiera dado mi nombre—y aquí el gentilhombre, tosió y ahuecó la voz—si no la hubiera creído dotada de nobles sentimientos. La considero capaz de los mayores sacrificios, y tengo la seguridad que no hará nunca nada deshonroso.

—¿Teneis algún retrato suyo?

—Sí; he traído uno.

Y sacando del bolsillo un medallón, lo abrió y se lo entregó á Holmes. No era una fotografia, sino una miniatura sobre marfil, y el artista había interpretado maravillosamente los cabellos negros como el azabache, los ojos grandes y la boca exquisita de la hermosa modelo. Holmes la examinó larga y atentamente. Luego, cerrando el medallón, se lo devolvió al aristócrata, diciendo:

—Entonces, ¿vuestra esposa vino á Londres y fué aquí donde estrechásteis vuestra amistad?

—Sí; su padre la trajo á pasar el otoño. Nos pusimos en relaciones y, por último, nos casamos.

—Creo que aportó una dote considerable...

—No; sencillamente la que se acostumbra á admitir y entregar en nuestra familia.

—Y esta dote, una vez que el matrimonio es un hecho consumado, ¿os pertenecerá?

—No sé; ni tampoco la he pedido.

—Es natural. ¿Visteis á Mrs Doran la víspera de la boda?

—Sí.

—¿Estaba alegre?

—Más que nunca. No cesaba de hacer proyectos para nuestra vida futura.

—Bueno. Esto es un dato importantísimo. ¿Y el día de la ceremonia?

—Hombre, á decir verdad, ese día medió una prueba de la volubilidad de su carácter. Pero fué un detalle de tan escasa importancia, que no merece hablar de ello.

—No obstante, decidnos lo que fué.

—¡Bah! Una niñería. Cuando íbamos á la sacristía, se le cayó el ramo que llevaba en la mano á los pies de un banco. El cortejo se detuvo un instante, pero el caballero que estaba sentado en el banco, se apresuró á recoger el ramo y entregárselo sin que las flores sufrieran lo más mínimo. Sin embargo, ella me contestó bruscamente cuando acudí á dicho contratiempo, y luego en el coche, cuando íbamos de la iglesia á casa de su padre, estaba ridículamente agitada. Ya véis que el hecho no tiene importancia alguna.

—Efectivamente. Habéis dicho que había un hombre sentado en el banco, luego la iglesia no estaba vacía.

—Claro. No se puede impedir que entre la gente estando abiertas las puertas.

—¿Y ese caballero, no era amigo de vuestra esposa?

—No. Si lo llamé caballero, no fué más que por



pura cortesía. Era un hombre vulgar. Además, no me fijé apenas en él...

—Entonces, ¿lady Saint-Simón, no estaba tan alegre al volver de la cerenomia como al ir á ella? ¿Qué fué lo primero que hizo al entrar en casa de su padre?

—Hablar con su doncella.

—¿Qué clase de mujer es esa doncella?

—Se llama Alicia, es americana y vino con sus amos desde California.

—¿Es persona de confianza?

—A mí me parece que muchas veces se olvida de su papel en la sociedad y que su ama la consiente demasiadas libertades. Sin embargo, el criterio americano no es igual al nuestro.

—¿Habló mucho tiempo vuestra esposa con Alicia?

—¡Oh, no! Unos minutos nada más. Aunque si he de deciros la verdad, no me preocupé de si habló mucho ó poco.

—¿No os enterásteis de la conversación?

—Me parece que lady Saint-Simón habló de arrancar una concesión, y esto empleando el *argot* de las minas. No sé lo que quería decir.

—Sin embargo, el *argot* americano es muy expresivo á veces. ¿Qué hizo lady Saint-Simón después de hablar con su doncella?

—Entró en el comedor.

—¿De vuestro brazo?

—No, sola. Es un carácter independiente y despreocupado. Estuvo sentada unos diez minutos, y

luego, de pronto, se levantó y salió de la habitación para no volver más.

—Pero, según cuenta esa Alicia, vuestra esposa entró en su cuarto, cubrió el traje de seda con una larga capa, se puso el sombrero y salió, ¿no es eso?

—Sí. Poco después la vieron paseando en Hyde-Park, con Flora Mille, una mujer que ahora está detenida, y que por la mañana armó un gran escándalo á la puerta de M. Doran.

—¡Ah, sí! Os ruego me déis algunos detalles respecto de esa mujer, de vuestras relaciones con ella.

Lord Saint-Simón se encogió de hombros, y frunciendo las cejas, continuó:

—Durante algunos años hemos tenido relaciones íntimas; me he portado con ella generosamente y no puede tener queja alguna de mí. Pero ya sabéis lo que son las mujeres, Sr. Holmes. Flora, aunque es una mujer adorable y haya estado enamorada de mí, tiene mala cabeza. Me ha escrito infinitas cartas insultándome al saber que me casaba, y una de las razones que he tenido para que la boda se celebrara en la intimidad, ha sido el temor de un escándalo en la iglesia. Llegó á casa del Sr. Doran poco después de nosotros, é intentó pasar gritando insultos contra mi mujer y amenazas contra mí. Afortunadamente yo había prevenido á los criados y la echaron á la calle.

—¿Se enteró lady Saint-Simón de la escena?

—Gracias á Dios, no.

—¿Y luego la han visto paseando con esa mujer?